

VII

LAS CRUZADAS

Por Friedrich Schragl

Las cruzadas con la mirada puesta en la Tierra Santa, en sí mismas episódicas y sin un éxito duradero, fueron el resultado de un cúmulo de circunstancias y tuvieron importantes e imprevistas consecuencias. Precisamente por eso merecen que les prestemos una atención especial. A la hora de señalar las razones o circunstancias que motivaron el fenómeno de las cruzadas, podemos señalar los siguientes: la conciencia misionera del Occidente cristiano; las luchas, en parte defensivas y en parte ofensivas, en las fronteras de la cristiandad (defensa contra los mahometanos en España y en el imperio bizantino, cristianización de los eslavos en el este); la fortaleza del papado en la alta edad media y la piedad corporativa de la nobleza medieval, que veían en las cruzadas un objetivo acorde con sus propios ideales. En cuanto «guerras santas», mantienen cierta tensión con la misión en el sentido del evangelio. Y, a partir del siglo XIII pasan lentamente a un segundo plano frente a la propagación no violenta de la fe.

§80

Génesis de la idea de cruzada

La idea de las cruzadas no nació exclusivamente del deseo de liberar la Tierra Santa. Sus raíces están en Europa, especialmente en Francia; y, curiosamente, tuvo mucho que ver con el esfuerzo en favor de la «paz de Dios». De suyo, la guerra era competencia del rey, al que tocaba la responsabilidad de mantener la paz interior y exterior. Con el desmoronamiento de la autoridad del rey en el sur de Francia, durante los siglos IX-X se incrementaron notablemente las contiendas y la depredación de los bienes de la Iglesia. De ahí que los obispos y los sínodos exigieran la paz de Dios. Para llevarla a cabo se formaron milicias de paz dispuestas a luchar («¡Guerra a la guerra!»). Un sacerdocio fuerte se hizo cargo, pues, de las obligaciones de una realeza débil. Esto fue una de las causas que llevó a la idea de la guerra santa. Otra de las raíces proviene de san Agustín, que permitía la guerra defensiva en favor de los creyentes.

El papa Gregorio I (590-604) propagó la guerra también para la difusión de la fe; y siglos más tarde, Carlomagno se sirvió de ella para objetivos emparentados con la fe. De ahí nació posteriormente la

sacralización de la nobleza: el caballero se obligaba solemnemente a defender el bien de los pobres, de las viudas y de la Iglesia. A pesar de las objeciones expresadas por algunos personajes (por ejemplo, Fulberto de Chartres) se intensificó la disposición a luchar por la cristiandad contra enemigos externos, especialmente contra el islam. Con esta mentalidad tuvo que ver bastante el enorme prestigio del que la lucha en sí gozaba entre los pueblos germanos.

Contra intrusos paganos habían reaccionado de forma activa, en épocas anteriores, algunos príncipes eclesiásticos: contra los vikingos, los sarracenos (el papa León IV) y los magiares (Ulrico de Augsburgo). Y se entendió especialmente como guerra santa la lucha contra los árabes en España (reconquista). Ésta se intensificó de nuevo a partir del 1050 y se vio coronada con la conquista de Toledo el año 1085. También la expulsión de los sarracenos de Sicilia fue una especie de cruzada. El papado de la reforma apoyó guerras santas internas y externas: 1063 en España, 1066 la cruzada normanda contra Inglaterra, la *pataria* milanesa para la reforma interna de la Iglesia. El papa Gregorio VII llegó a sopesar la idea de una cruzada contra Oriente, con la intención de eliminar por la fuerza el cisma griego. Su sucesor Urbano II consumaba de forma consecuente la idea de la cruzada al fundir en un objetivo único la guerra santa y la peregrinación a Jerusalén. Estas peregrinaciones contaban con una antiquísima tradición. Siguieron realizándose incluso cuando los árabes conquistaron la ciudad santa el año 637. Ni siquiera cuando Al-Hakin «el Loco» destruyó la iglesia del Santo Sepulcro en 1009 se produjo una interrupción importante de las peregrinaciones. Así, en la peregrinación de 1064-1065 participaron 7000 fieles; la dirigió Sigfrido, arzobispo de Maguncia, y participaron en ella los obispos Gunther de Bamberg, Otón de Ratisbona y Altmann, que más tarde sería obispo de Passau.

Pero la situación política en Oriente cambió por completo cuando el emperador bizantino Romano IV sufrió una derrota total en Manzikert (Armenia) a manos de los seljúcidas turcos en 1071. Éstos conquistaron también Jerusalén en 1076, y en 1085 Antioquía, que hasta entonces había pertenecido a los griegos. El nuevo emperador Alejo I Comneno (1081-1118) se dirigió entonces al papa Urbano II para conseguir el apoyo de los caballeros de Occidente. La noticia llegó a Urbano en el sínodo de Piacenza, en 1095. El papa partió de allí al sur de Francia, y se entrevistó con el obispo Ademar de Puy y con el conde Raimundo de Tolosa y de Saint Gilles, con los que habría madurado la idea de una cruzada. En noviembre de 1095 tuvo lugar en Clermont un sínodo para la reforma. A la conclusión de éste, el papa lanzó un llamamiento para liberar el Santo Sepulcro del poder de los infieles. Y encontró una aprobación espontánea. Numerosos caballeros, al grito de *Deus lo volt!*, tomaron el estandarte de la cruz, que se convertiría en el símbolo de los cruzados. Oficialmente, la

liberación del Santo Sepulcro, que los seljúcidas habrían mancillado, era el objetivo de la cruzada. Sin embargo, la ayuda a los griegos y su reunificación jugó un papel notable. Todo esto tuvo una consecuencia colateral importante: la nobleza occidental abandonó las peleas internas y se centró en las guerras exteriores. La idea, de suyo contradictoria, de la peregrinación armada resultaba una novedad. Se desarrolló así un nuevo rito de bendición: junto a los antiguos atributos o símbolos de peregrinación —a saber, el bastón y la bolsa—, a partir de entonces se bendijo también la espada.

Hasta qué punto estaba preparado el terreno para la idea de la cruzada se desprende de la obra *Gesta Dei per Francos*, un relato sobre la primera cruzada en cuyo comienzo se dice: «Cuando irrumpió aquel tiempo que el señor Jesús recuerda diariamente a sus fieles, especialmente cuando se dice en el Evangelio "El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y que me siga" (Mt 16,24), un poderoso movimiento se extendió por todo el suelo francés, de forma que todo aquel que deseaba seguir a Dios con puro corazón y cargar con la cruz, trataba de emprender lo antes posible el camino hacia el Santo Sepulcro.» Este tipo de devoción tenía su origen en las tendencias de aquel tiempo. Las órdenes nacidas de la reforma propagaban la *vita apostolica* y deseaban vivir como *pauperes Christi*. Elementos integrantes de esta forma de vida eran la penitencia, que se expresaba principalmente en las peregrinaciones, el cuidado de los enfermos y de los pobres, y la predicación de la *via salutis* como instrucción catequética de los laicos. Ahora se entendía la cruzada como el más profundo seguimiento de la pasión y muerte de Cristo, como una especie de martirio. Los cruzados hacían penitencia por sí y por los que habían quedado en sus hogares, pero que apoyaban a aquéllos con sus oraciones, con su dinero y con otros donativos en especie. Una concreción especial de esta devoción son las órdenes de caballería.

§81

Cruzadas hacia Jerusalén

El llamamiento a la cruzada realizado por el papa Urbano II en el sínodo de Clermont obtuvo una respuesta que rebasó con creces las esperanzas más optimistas. En lugar de algunos miles de caballeros, como el emperador griego esperaba, o de algunas decenas de miles, como el papa deseaba, se produjo un movimiento masivo, una verdadera histeria de cruzada que consiguió su legitimidad propia. Así, el ermitaño Pedro de Amiens, que se lanzó por su cuenta a predicar la cruzada, desencadenó una cruzada popular a la que se unió todo tipo de personas. En las regiones del

Rin llegaron a producirse matanzas de judíos, contra las que incluso la protección de los obispos se mostró completamente impotente.

Para encabezar la primera cruzada no contaban los dos príncipes más importantes de Occidente: el emperador Enrique IV y el rey Felipe I de Francia, excomulgados. En consecuencia, la dirección de la cristiandad occidental recayó en el papado, sin que se hubiera planificado previamente tal liderazgo. En efecto, precisamente el período de las cruzadas, que dura aproximadamente doscientos años, pone de manifiesto la falta de una concepción y liderazgo definidos. Parece más bien un tiempo de aventuras. Estas lagunas se evidenciaron ya en la primera cruzada. Ni el legado pontificio Ademar de Puy ni Raimundo de Tolosa tenían una autoridad especial, pues otros príncipes de rango similar se sumaron a la empresa. El más importante de todos ellos fue el duque de la Baja Lorena, Godofredo de Bouillón. Tuvieron importancia militar, pero fueron insolidarios los príncipes normandos del sur de Italia y de Normandía. Una y otra vez siguieron sus propios caminos, e intereses. Su principal obsesión era la de extender su propia soberanía a otros territorios. Al final, hubo un grupo director compuesto por diversos príncipes con intenciones diferentes. Para algunos de ellos y para la gran muchedumbre, el objetivo continuó siendo la liberación del Santo Sepulcro.

Tal como se había convenido, a partir del 15 de agosto del año 1096, los diversos contingentes de tropas iniciaron sus respectivos caminos en dirección a Constantinopla. Allí se produjeron las primeras dificultades. El emperador Alejo exigió a los príncipes un juramento de vasallaje al estilo occidental. Él había esperado tropas mercenarias, pero no un ejército con sus propios jefes autónomos. Efectivamente, Alejo deseaba expulsar a los turcos que se habían apoderado casi de todo el territorio de Anatolia. Al encontrarse con un ejército no esperado por él, pensó que podría tener un cierto control mediante el juramento de vasallaje.

En el aspecto militar, la cruzada tuvo un éxito notable. A primeros de junio del 1097 se reconquistó Nicea, y el 1 de julio se obtuvo una resonante victoria sobre los seljúcidas en la llanura de Dorilea. El avance prosiguió a través de la altiplanicie anatolia, por el Tauro, hasta Cilicia. Allí, Balduino de Boulogne abandonó el grueso del ejército y emprendió la marcha hacia la ciudad cristiano-armenia de Edesa (Urfa), se hizo adoptar por el príncipe autóctono Thoros, y creó el condado de Édesa como primer Estado cruzado. El grueso del ejército inició en octubre el sitio de Antioquía, que no cayó hasta el 3 de junio de 1098, tras graves crisis y esfuerzos. Entonces hubo que rechazar a un ejército islámico de refresco. Cuando Bohemundo de Tarento se proclamó príncipe de Antioquía y erigió un patriarcado latino se produjeron tensiones con el emperador Alejo, que pretendía esta ciudad, perdida en 1085, para sí. El ejército se recuperó en Antioquía, y finalmente partió, en 1099, en dirección a Jerusalén; la sitió durante seis semanas y la

conquistó el 14 de julio de 1099. El ejército cristiano provocó un auténtico baño de sangre entre la población musulmana. El entusiasmo religioso se transformó en un lamentable asesinato masivo. Los príncipes se pusieron de acuerdo en que Godofredo de Bouillón se convirtiera en soberano de Jerusalén. Éste no quiso titularse rey de Jerusalén y se conformó con el título de defensor del Santo Sepulcro. Falleció el año 1100. Le sucedió su sobrino Balduino de Edesa, que sí se llamó rey de Jerusalén (1100-1118). En los años siguientes consiguieron consolidar militarmente los Estados cruzados: el año 1102 fueron vencidos los egipcios; en 1109 Trípoli fue conquistada y establecida como condado; en 1110 se le anexionaron Sidón y Beirut. De esa manera había cuatro Estados francos en Oriente: el reino de Jerusalén, el principado de Antioquía y los dos condados de Edesa y Trípoli. Estuvieron completamente marcados por lo francés y lo normando. Posteriormente se dejó sentir también la influencia de las ciudades costeras de Italia, especialmente de Pisa, Venecia, Génova y Amalfí. Pero esos cuatro enclaves eran creaciones bastante artificiales y debieron ser aseguradas mediante numerosos castillos cuyas ruinas resultan impresionantes incluso en nuestros días (Krak des Chevaliers y Chateau Blanc en Siria; Montfort, Acre y otros en Israel; Montreal en Jordania).

La exitosa conclusión de esta cruzada, la única que se vio coronada por el éxito, desató gran júbilo en Occidente. En numerosos cantos se celebró la conquista de Jerusalén. En el 1101 se pusieron en camino otras tres peregrinaciones: Güelfo, duque de Baviera, el arzobispo Thiemo de Salzburgo y la viuda del margrave Itha de Babenberg partieron para Oriente, pero todos ellos perecieron en Asia Menor, a manos de los seljúcidas. Por el contrario, resultó mucho mejor el avituallamiento marítimo de las tropas. Estos refuerzos eran sumamente necesarios, pues sólo se disponía de algunos miles de caballeros para defender los territorios conquistados.

La empresa de la cruzada había puesto en manos del papado la dirección de la cristiandad occidental. Pero no sería correcto pensar que el papa Urbano II tramó tal empresa con la intención de obtener este resultado. En efecto, debemos señalar que simultáneamente recayó sobre los papas la preocupación por los nuevos Estados conquistados, y esta nueva circunstancia puso al descubierto las limitadas posibilidades con que ellos contaban.

En la historiografía se ha impuesto el número de siete cruzadas, pero es un tanto arbitrario, ya que muy pronto todas las empresas guerreras contra paganos fueron bendecidas como cruzadas. Por otra parte, hubo otras marchas a Jerusalén que no han sido recogidas en esta enumeración. La segunda cruzada se organizó con motivo de la caída de Edesa (1144). El papa Eugenio III encargó a Bernardo de Claraval la predicación de la cruzada. Éste ganó para la causa a Luis VII de Francia, y en la Navidad del

año 1146 hizo que Conrado III dejara de oponerse a la cruzada y pasara a apoyarla. En mayo del 1147 el ejército alemán, con numerosos príncipes y obispos, se puso en marcha. Tras superar una serie de dificultades llegó a Anatolia, pero sufrió una aplastante derrota el 15 de octubre en Dorilea. El rey Conrado pudo escapar de la catástrofe con la décima parte del ejército. El rey de Francia siguió el camino más seguro que bordeaba las costas, y luego pasó en barco a Antioquía. En una reunión de los príncipes en Acre se decidió una expedición contra Damasco, aunque la dinastía allí reinante de los búrijidas se había aliado desde tiempos atrás con Jerusalén. Tal empresa tuvo un desenlace denigrante, y trajo, además, la pérdida de un aliado. De esta manera, la segunda cruzada, en la que tantas esperanzas se habían depositado, terminó en un fracaso sin paliativos. El único éxito reseñable fue la conquista de Lisboa, en el lejano Occidente, por los cruzados ingleses y flamencos.

Con el fracaso, se dejaron oír por primera vez voces que criticaban las cruzadas. Se echó la culpa del fracaso principalmente a la infidelidad de los griegos, pero Gerhoh de Reichersberg calificó ya la dirección eclesiástica de la guerra como «obra del demonio y del anticristo».

La situación de los Estados nacidos de las cruzadas se deterioró rápidamente en las décadas siguientes. Tras la muerte del joven rey leproso Balduino IV, los caballeros estuvieron más desunidos que nunca. El sultán Saladino había conseguido unir las fuerzas islámicas con Egipto. El 4 de julio de 1187 conseguía la decisiva victoria sobre el ejército de los caballeros en Cuernos de Hattin, en las proximidades de Tiberíades. El 2 de octubre caía Jerusalén. De esa forma había terminado propiamente toda la empresa de la cruzada. Lo que sucedió después no pasó de la categoría de remedo.

La caída de Jerusalén desencadenó la tercera cruzada. El papa Clemente III consiguió que reinara la paz entre Francia e Inglaterra, y movió a todos los príncipes importantes de Europa para que participaran en ella. La dirección recayó en el emperador Federico Barbarroja, que partió de Ratisbona en 1189 con un ejército bien equipado. Pero el emperador encontró la muerte el 10 de junio de 1190 al atravesar el río Salef, en el sur de Anatolia. Seis semanas después moría también su hijo Federico de Suabia, por lo que el ejército alemán se disolvió.

Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, vino por mar, conquistó Chipre en 1191, y aterrizó con un ejército anglofrancés la sitiada ciudad de San Juan de Acre. Con posterioridad se riñeron los príncipes. El rey francés volvió a su patria. Ricardo consiguió asegurar la franja costera mediante algunas victorias, pero Jerusalén permaneció en poder de los musulmanes. En un armisticio (1192), logró que se garantizara el libre acceso de los peregrinos a la ciudad santa. Al fin, quedaron para los

cruzados sólo la franja costera y algunos castillos o plazas fuertes que a partir de entonces fueron gobernados desde Chipre.

En la enumeración oficial de las cruzadas no se reseña la empresa del emperador Enrique VI, quien en 1195 dio su aprobación para una marcha. Envío por delante un ejército al mando de Conrado de Querfurt, quien pudo conquistar Tiro y Sidón y asegurar la costa. La muerte del emperador (1197) y la doble elección llevada a cabo en Alemania impidieron la conclusión exitosa de la empresa. Por primera vez se fijó un impuesto para esta cruzada.

Sobre una base similar estructuró el nuevo papa Inocencio III su plan de una cruzada. Los caballeros debían ser pagados, y habría que recaudar el dinero mediante impuestos voluntarios. A partir de 1199, el papa hizo propaganda de la (cuarta) cruzada, y trató de entrar en contacto con los griegos. Los cruzados —principalmente franceses y piamonteses— se reunieron en 1202 en Venecia, que debía transportarlos con su flota. Puesto que el dinero era escaso, los caballeros se obligaron a conquistar la ciudad de Zara (Zadar), en Dalmacia, población cristiana en poder del rey de Hungría, y, finalmente, en 1204, a la conquista de Constantinopla, convertida prácticamente en una colonia veneciana. La única vinculación con lo que podríamos definir como objetivo de una cruzada fue la intención de conquistar, con los sometidos griegos, los santos lugares. Pero jamás se llegó a conseguir ese objetivo. La cruzada se había escurrido completamente de las manos del papa. Para los venecianos se convirtió en una inmensa rapiña. Pero los daños fueron irreparables. Steven Runciman habla de un «acto de gigantesca locura política». No sólo porque esto incrementó el odio y la desconfianza de los griegos contra la Iglesia latina y se consolidó así más el cisma, sino también porque se liquidó la única fuerza que podía resistir contra los turcos. Una gran amenaza se cernía así también sobre los restos de los Estados nacidos de las cruzadas, y toda la idea de la cruzada cayó en el descrédito.

Una reacción irracional a todo esto fue la así llamada «cruzada de los niños» de 1212. Un pastorcillo francés llamado Esteban de Vendôme y Nicolás de Colonia, de diez años, condujeron a miles de niños hacia Marsella o Brindis, donde una gran parte de ellos perecieron o fueron vendidos como esclavos.

La reconquista de Jerusalén siguió siendo uno de los puntos más importantes del programa del pontificado de Inocencio III. En el cuarto concilio de Letrán (1215) se acordó una gran cruzada para el 1217, se recaudaron diezmos y se hizo propaganda. El rey Andrés II de Hungría y el duque Leopoldo VI de Austria combatieron con poco éxito en los alrededores de la ciudad de San Juan de Acre, pero el grueso del ejército se dirigió a Egipto. En efecto, se conquistó Damietta, pero la campaña fue dirigida tan desastrosamente por el rey titular de Jerusalén, Juan de

Brienne, y por el legado pontificio Pelagio que terminó en una grave derrota (1221).

El emperador Federico II había tomado la cruz ya en 1215, pero retrasó una y otra vez la marcha. Finalmente, en 1227 reunió un gran ejército en Brindis. Pero la sombra de las luchas de los papas contra los Staufen se dejó sentir sobre toda la empresa. Así, cuando el emperador cayó enfermo y aplazó la cruzada, el papa Gregorio IX lo excomulgó. A pesar de todo, Federico se dirigió personalmente a Siria en 1228, y consiguió, mediante negociaciones respaldadas por un ejército, la devolución de Jerusalén, Belén y Nazaret, con un corredor hacia Jafa, y una tregua de diez años; él mismo se coronó rey de Jerusalén. De suyo, fue la cruzada más exitosa desde la primera empresa de esta naturaleza.

De cualquier manera, todo esto no pasó de ser un paréntesis o un interludio, pues Jerusalén caía definitivamente en manos de los musulmanes el año 1244, y el ejército de los caballeros fue aniquilado en Gaza. Por esa razón se volvió a discutir en el primer concilio de Lyon (1245) la idea de una nueva cruzada, y se decidieron nuevos impuestos, pero el entusiasmo de los primeros tiempos había desaparecido. Sólo Luis IX el Santo, de Francia (1226-1270), emprendió en 1248 una cruzada contra Egipto, pero cayó prisionero con su ejército y tuvo que pagar rescate (1250, sexta cruzada). Luis IX permaneció en Palestina hasta 1254, y puso en orden los asuntos de los Estados francos.

A partir de ese momento, la soberanía latina en Oriente cayó en picado y desapareció en seguida. En 1621 fue eliminado el reino latino de Constantinopla; en 1268 se perdieron Jafa y Antioquía. Acto seguido, el rey Luis emprendió su última cruzada (la séptima). Quiso conquistar Túnez con la esperanza de que el emir de la ciudad se bautizaría y emprendería la marcha contra Egipto engrosando las filas del ejército francés. Luis murió con gran parte de su ejército en el sitio de la ciudad, presa de la peste, en 1270. En 1289 cayó Trípoli, y en 1291 San Juan de Acre.

Los intentos realizados en el segundo concilio de Lyon (1274) para organizar una nueva cruzada cayeron en el vacío. El ocaso de los ideales de cruzada no se debió al poder de los Estados islámicos, pues tal poder se había debilitado mucho a causa de las incursiones de los mongoles. El factor determinante fue la enemistosa desunión de los caballeros de Occidente, que con demasiada frecuencia lucharon entre ellos mismos y se negaron a someterse a autoridad alguna. Las causas que llevaron a este final estaban presentes ya en la primera cruzada.

La idea de la cruzada había prendido de tal manera en Europa que pronto fueron declaradas como cruzada también otras empresas guerreras. El papa Urbano II había reconocido como cruzada la reconquista en la península Ibérica, y había concedido a los guerreros idénticas indulgencias que a quienes partían a la conquista de la Tierra Santa. La reconquista de la península Ibérica se había concluido prácticamente en 1265. Sólo el reino islámico de Granada perduró hasta 1492. Mucho más preocupante era que también la guerra contra los vendos, en 1147-1148, fuera declarada cruzada. La idea de la cruzada cambió completamente de sentido cuando se convirtió en instrumento de la política eclesiástica y se utilizó contra todo aquel que transgredía los preceptos de la Iglesia, como, por ejemplo, contra los campesinos que se negaban a pagar los diezmos, o también contra herejes y cismáticos. Así se calificaron, sobre todo, las luchas contra los albigenses (a partir de 1208); fueron de una crueldad extraordinaria y, en último término, sólo sirvieron para fortalecer el poder del rey en Francia. Se entendió la cuarta cruzada como lucha contra los cismáticos. De ahí que Inocencio III jamás se distanciara adecuadamente de los actos de crueldad cometidos en la conquista de Constantinopla. Gregorio IX concedió al arzobispo de Brema una cruzada contra los súbditos que se negaban a efectuar sus pagos (1232-1234); a los participantes se les otorgaban idénticas indulgencias que a los cruzados. Las cruzadas contra el emperador Federico II y contra sus herederos degeneraron en pura política eclesiástica.

De naturaleza algo diferente fueron las cruzadas contra los prusianos y los lituanos, pues en estos casos cabía afirmar que se luchaba contra paganos. De ahí que el entusiasmo por la cruzada desapareciera paulatinamente, aunque nunca llegó a apagarse por completo. En el siglo XV se desempolvó la idea. Por eso se entendieron como cruzada las guerras contra los husitas. Cuando los papas Calixto III y Pío II presentaron bajo este prisma la defensa contra los turcos tuvieron escaso éxito.

§83

Las órdenes militares

Los comienzos de las órdenes militares de caballería se encuentran en el servicio a los peregrinos y a los enfermos, de donde derivó la protección contra mahometanos y paganos. Su regla se inspiró casi siempre en la de san Agustín o en la de san Benito, pero se estructuraron según una forma adecuada a sus tareas. Por eso, los miembros se dividían en tres grupos: caballeros nobles para el servicio de las armas, capellanes y hermanos de la orden para el servicio a los enfermos, pero también de las armas. A la cabeza se encontraba el gran maestro, auxiliado por el capítulo

general. Para Tierra Santa tuvieron importancia los caballeros de San Juan y los templarios, a quienes se encomendó primero la protección de los peregrinos y posteriormente también la de numerosas fortalezas. Con frecuencia, las órdenes militares se pelearon entre sí, pero siempre con el rey de Jerusalén. Mediante numerosas fundaciones y una hábil política financiera, llegaron a amasar grandes riquezas. Con los amplísimos privilegios concedidos por los papas, escaparon a todo tipo de control de los Estados tanto en Tierra Santa como en los países europeos.

a) *La orden de los templarios*

Nació hacia el 1119 en Jerusalén, donde Hugo de Payens se asoció con siete caballeros franceses y fundó una asociación religiosa que intentaba armonizar la vida claustral y ascética con la profesión militar. Tenía por finalidad la defensa de los peregrinos que llegaban a Tierra Santa. El rey Balduino II de Jerusalén les cedió parte de su palacio, erigido según se creía sobre el antiguo templo de Salomón; de ahí que se les denominase caballeros del templo o templarios. En 1128, Bernardo de Claraval les dio la *Regla*, y los recomendó a la caballería occidental. Se hicieron exentos en 1139 y pronto adquirieron un gran florecimiento. La mayoría de los miembros eran franceses, y en Francia se encontraban sus principales posesiones. Tras la caída de San Juan de Acre (1291), la orden trasladó su actividad a Chipre, pero degeneró pronto, y desapareció en el tristemente célebre «proceso de los templarios», a partir del 1305 (fue suprimida definitivamente en 1312 por el papa Clemente V). Además del servicio de las armas, atendieron hospitales.

b) *Los caballeros de San Juan*

Los comienzos de esta orden (llamada también hospitalarios, caballeros de Rodas, caballeros de Malta) son algo anteriores. A mediados del siglo XI, comerciantes de Amalfi crearon un hospital en Jerusalén, en una iglesia de San Juan. En el tiempo de la primera cruzada dirigía el hospital Gerardo de Amalfi. Bajo la dirección de su sucesor Raimundo de Puy (1120-1160), los caballeros de San Juan se convirtieron en orden militar, pero continuaron cuidando el hospital. También en Europa atendieron hospitales; y, de este modo, trasvasaron a Occidente los superiores conocimientos médicos de los árabes. Después de la caída de San Juan de Acre, y tras una breve estancia en Chipre, conquistaron Rodas y el Dodecaneso, e hicieron de estas islas un bastión contra los turcos y un centro comercial (1309-1522). Expulsados finalmente por los turcos, recibieron del emperador Carlos V (1530) la isla de Malta, desde la que prosiguieron la lucha contra los piratas sarracenos. La revolución francesa

les privó de sus posesiones, y Napoleón les quitó incluso la isla de Malta en 1798. A partir de 1859 revivieron los caballeros de Malta. Se dedican principalmente al cuidado de los enfermos.

c) *Los caballeros teutónicos*

La tercera gran orden militar es la de los caballeros teutónicos. Tuvieron su origen durante la tercera cruzada. Unos cuantos peregrinos de Brema y Lübeck instalaron un hospital en el campamento militar de San Juan de Acre para atender a los soldados y peregrinos enfermos de lengua alemana. En 1191, al año siguiente de su nacimiento, el papa Clemente III confirmó la comunidad del hospital; en 1198 se transformó en orden militar. A partir del 1230, la orden, bajo la dirección del gran maestre Hermann de Salza, trasladó su campo de actividad a Prusia (Kulm), y en 1237 se unió con los hermanos de la espada en Livonia. Aquí se extendía el territorio de la orden teutónica, que abarcaba desde el Weichsel hasta el golfo de Finlandia. Desde 1309, el gran maestre tuvo su sede en Marienburgo. Tras la batalla de Tannenberg contra los polacos, en 1410, comenzó el declive de la orden. Alberto de Brandeburgo, gran maestro de la orden, transformó en 1525 el territorio de la orden en un principado protestante. En la parte católica de Alemania sobrevivió la orden, pero fue suprimida en 1805 en la confederación de Estados re-nanos. Hoy tiene su centro en Viena; y posee filiales en el sur del Tirol y en algunas ciudades alemanas.

Además de estas tres grandes órdenes, existió toda una serie de órdenes de caballería de menor importancia y alcance. Entre éstas tuvieron importancia en la península Ibérica algunas que intervinieron en la reconquista. En 1318, el rey Dionisio de Portugal fundó la orden de Cristo con antiguos miembros de la suprimida orden de los templarios. A partir de 1433, la dignidad de gran maestre recayó en la casa real. Y esto sería muy importante en tiempos posteriores, pues la orden recibió el derecho de patronato para todas las misiones portuguesas. La orden de Cristo fue suprimida en 1797. Los mercedarios, fundados por san Pedro Nolasco y san Raimundo de Peñafort, fueron una orden de caballería sólo de forma provisional. Su fundación tuvo lugar en 1218. Se dedicó a rescatar a los prisioneros de manos de los sarracenos. Fundación posterior y desdichada fue la orden de Caballería de San Jorge, obra del emperador Federico III en 1470 (Millstatt-Wiener Neustadt).